



YO, LA VIRREINA YO, LA MUJER

Antonia Bueno Mingallón

Qué importa quién soy yo... Apenas una mujer a la que estorba la corona, el manto y las joyas en estas tierras húmedas y lejanas.

Bien es cierto que cuando arribé a estas costas ultramarinas, acostumbrada a la magnificencia de la Corte Castellana, peleé, fatua, hasta obtener el privilegio de vestir sedas y brocados, intentando recrear los fastos de la metrópoli. Y me convertí, joven, rica, elegante, poderosa, en la médula de esta sociedad colonial, espejismo sudoroso a miles de leguas de Castilla.

Pero el tiempo ha pasado sobre mis ojos, que han visto tantas cosas... Sí, ya no soy aquella joven orgullosa que se creyó el eje del Nuevo Mundo. Ahora, desde el fondo de mis arrugas, una vieja se ríe de mí cada mañana, cada vez con más desvergüenza, y me recuerda que aquí siempre he sido demasiado blanca, demasiado frágil.

A pesar del tiempo transcurrido, nunca me acostumbré a esta extraña Corte erigida entre palmeras, cocoteros y bananos, que he presidido junto a mi esposo Diego, don Diego Colón y Moniz Perestrelo, Segundo Virrey de las Indias, Segundo almirante de la mar Océana, Gobernador de la Isla La Española, y Gobernador Perpetuo de las Islas Indias y Tierra Firme. Mi esposo, el primogénito y único hijo legítimo del Almirante que dijo descubrir una tierra nueva. Una tierra nueva... Qué fatuidad. Estos indios tienen tradiciones milenarias, no nacieron ayer. Sólo hace falta ver sus ceremonias, escuchar sus lenguas, para oler el aroma de los siglos. Pero, en fin, quién va a dar crédito a las reflexiones de una mujer, aunque sea la virreina.

Estos indígenas son demasiado ingenuos, no huelen el tufo de la codicia española, necesitan que alguien les defienda. O que les permitan defenderse. Sobre todo estas pobres y hermosas indias, alimento de las insaciables vergas hispanas. ¿Qué he podido yo, pobre hembra pálida en mitad de estos

humedales?... Es cierto que llegaron con nosotros algunas dueñas y doncellas hijasdalgo que casaron aquí con personas principales. ¿Pero qué hay del resto de los hombres?... ¿Quién calma sus ardores guerreros?... Hacen falta mujeres para los solteros y que los casados traigan a sus mujeres de Castilla, o se vuelvan allá, bajo pena de perder sus bienes.

Sé que he contado con poder, a lo que he intentado sumar tacto e inteligencia, sin los cuales la autoridad es apenas opresión. Y no he estado tan sola en mis empeños. Diego siempre me habló de sus sueños de abolir los repartimientos de indios, poniendo en juego si fuera preciso nuestra riqueza y hacienda. ¿Pero acaso hemos sido capaces de prescindir de nuestra encomienda de trescientos indios, que tanto poder nos otorga y tantas afrentas nos causa por parte de los “servidores” del rey?... Bien sabe Dios que no.

Diego ha sido siempre noble y sin doblez. Su condición franca y generosa supuso un obstáculo en esta lucha intestina y soterrada por los privilegios. ¿Acaso este rígido Consejo de Indias está dispuesto a permitir tales sueños? ¿Cejarán alguna vez esas disputas entre dominicos y franciscanos por el control espiritual de las almas, que les llevan a las mayores demasías? ¿Dejarán nuestros enemigos de crear mil y una dificultades?... Tenemos de nuestro lado a Las Casas, aunque mi olfato femenino me dice que ese clérigo, de lengua larga y enrevesada, tan pronto es capaz de argumentar una cosa como la contraria, algo que la llaneza de Diego ha impedido comprender. Pero Diego no ha estado solo. Me ha tenido a mí, sobrina nieta de los Católicos Reyes, descendiente de una estirpe de mujeres enérgicas, que no se conforman con ser mero adorno de palacio.

Mi abuelo, el duque de Alba, poseía una gran biblioteca. Aprendí a leer allá lejos, en nuestra pequeña península, al otro lado del océano. Aquí me entretengo con los pocos libros que trajeron los barcos. Había cosas más importantes que transportar, baratijas, galas, caballos... y enfermedades.

Ahora escribo aquí, en este inmenso alcázar, este palacio gótico isabelino de setenta y cinco habitaciones, construido junto a los farallones que miran hacia el río Ozama, en el corazón de esta isla de La Española.

Aquí, en Quisqueya, la Madre de todas las Tierras, como la llaman los taínos, me casé amanecido el nuevo siglo. Justo entonces empezamos Diego y yo las demandas contra el Consejo de Indias y La Corona, reclamándoles los beneficios prometidos a mi difunto suegro, los cuales estaban siendo usurpados a mi esposo.

Aquí nacieron mi siete hijos Felipa, Luís, María, Juana, Isabel, Cristóbal y Diego. Mi esposo ya contaba con dos hijos naturales allá en España, uno en Bilbao y otro en Burgos, con unas tales Isabel y Rosa... Aunque de eso nunca supe más que el hecho consumado. Durante años este palacio estuvo lleno de risas infantiles... Pero ha pasado el tiempo, demasiado. Mi hijo Diego y mi hija Felipa murieron el pasado año, mi hija Isabel acaba de morir. Ahora este alcázar sólo encierra soledad y tesoros que más tarde se llevará el pirata Drake.

Pero eso ya no lo verán mis ojos. Como tampoco verán la vida de mi nieta y de mi bisnieta, ambas Josefas, nacidas en el Madrid de un nuevo siglo. Y de todas aquellas hijas de las hijas de mis hijas, que alumbrarán nuevos tiempos y nuevos modos. Aunque, si escucho atentamente, puedo adivinar sus voces alentando con premura en mis entrañas.

Escribo estas líneas en soledad, como cuando mi Diego estaba allá, en España, para asistir a la boda del Emperador Carlos con Isabel de Portugal. Era el año de mil quinientos y veintiséis. Yo, María de Toledo, virreina de Las Indias, tuve que tomar las riendas de familia y gobierno, al igual que hizo un siglo antes aquella María, reina de Valencia. Yo, otra María aquí en Ultramar, también me he ocupado del gobierno en ausencia de mi esposo. Y también he aguantado befas, y he luchado contra leguleyos y advenedizos, evitando dificultades en este delicado período que me ha tocado en suerte.

Ahora, ya pasado el meridiano del siglo, a punto de llegar a la sesentena, sé que Diego nunca regresaría de aquel viaje. La muerte le encontró camino de Sevilla, en La Puebla de Montalbán. He tardado veintitrés años en seguirle. Ahora se cumplen.

Pero, como he dicho, no voy a hablar de mí, sino de otras mujeres.

Una de ellas exhalaba su último aliento cuando yo abría los ojos a la vida. Se dice que no tuvo madre, extraño caso, raramente visto. Le pusieron de nombre Eleonor Manuel y de apellido Villena, como su padre, el famoso nigromante Enrique de Villena. Luego fue abadesa del monasterio de La Trinidad, con el nombre de Isabel, escribió el hermoso Vita Christi, primer texto sobre la vida de Jesus en el que la protagonista es María, no su hijo, y compartió siglo, parentesco y vicisitudes con aquella otra María, la reina valenciana, la viuda en vida del distante Alfonso el Magnánimo...

¿Cómo sé todo esto?

¿Acaso la Historia no se escribe en hojas de un hermoso palimpsesto?

¿Acaso la historia de una mujer no es la de todas las mujeres?

Dicen que mi letra es hermosa, espero que sea capaz de transmitir la grandeza y complejidad de esta cadena de mujeres que vamos componiendo la Historia.

Acabado de escribir en la Isla La Española el 11 Mayo de 1549

Festividad de San Mamerto